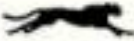


La casa intacta

WILLEM FREDERIK HERMANS

Epílogo de Cees Nootboom

gatopardo ediciones 



La casa intacta


La casa intacta (Spanish Edition) Willem Frederik Hermans

La casa intacta

WILLEM FREDERIK HERMANS

Epílogo de Cees Nooteboom

Traducción de Catalina Ginard Féron

gatopardo ediciones 

La casa intacta (Spanish Edition) Willem Frederik Hermans

Título original: *Het behouden huis*

Copyright © 1951 Willem Frederik Hermans

Originally published with De Bezige Bij, Amsterdam

© de la traducción: Catalina Ginard Féron, 2019

© del epílogo Cees Nooteboom

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Esta novela ha recibido la ayuda a la traducción
de la Dutch Foundation for Literature.

Primera edición: octubre de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Soldado americano durmiendo en la cama de Göring
(1945) © Bettmann

Imagen de la solapa: Willem Frederik Hermans (1986);

fotografía de Rob Bogaerts

eISBN: 978-84-17109-87-5

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

Presentación

LA CASA INTACTA

EPÍLOGO

Willem Frederik Hermans

Otros títulos publicados en Gatopardo

LA CASA INTACTA

La gran rama, casi la copa entera, apareció de pronto al pie del árbol, sin que yo hubiese oído ningún crujido. Había quedado ahogado por el estallido, no lejos de allí, de un efímero arbusto de terrones.

Le siguieron otras explosiones cuyos efectos no pude ver. No volví la vista atrás. Delante de mí no tenía a nadie. Tal vez fuera el primero. Había pocos árboles y yo debía de ser un blanco fácil, sin embargo, ellos parecían disparar al azar. A cada paso, me torcía los tobillos sobre los duros terrones. La pendiente era larga y empinada. Los alemanes estaban al otro lado de la colina y yo esperaba que nos salieran al encuentro. Deseaba ponerme a cubierto y buscar refugio sin hacer ruido. Tenía tanta sed que apenas podía seguir avanzando. Mi cantimplora estaba vacía. Me volví hacia los demás, pero ninguno de ellos estaba lo suficientemente cerca como para poder pedirle agua.

Entonces, el sargento tocó el silbato. Nos agrupamos junto a un camino excavado y nos tumbamos para descansar. Yo sostuve en alto mi cantimplora vacía, pero los que la vieron negaron con la cabeza. De todos modos, casi nadie prestaba atención. El sargento, que estaba tumbado más cerca de mí, se había cubierto la cara con el casco para protegerse de la luz y del calor, y así, con las manos cruzadas sobre el pecho, parecía estar durmiendo. El sol brillaba con intensidad y hacía días que no llovía. La tierra estaba tan seca que el polvo que levantaban las granadas al explotar ya no se asentaba en ella.

Eché un vistazo a mi reloj. Era la una y media. Se hizo un profundo silencio. Todos los que participaban en la contienda parecían tomárselo con calma, como si la guerra fuera un gran cuerpo enfermo al que hubiesen administrado una inyección de morfina. Lo único que sucedía era un combate a gran altura entre tres cazas. Yo los observaba con una brizna de hierba seca entre los dientes. Trazaban un motivo de bucles blancos sobre el azul del cielo, como esas avionetas que escriben mensajes publicitarios. Parecía que lo hicieran para entretenernos, y no por ningún otro motivo. No intentes leer lo que escriben, de lo contrario te volverás loco. Coca-Cola. Necesitan ambas manos, pensé, aunque puede que tengan un tubo de goma en la boca que les permita succionar las bebidas. Los proyectiles de sus ametralladoras perforaban el suelo junto a mí. Ahora mismo podrían dar en el blanco, pensé, y yo sentado aquí tranquilamente, sin hacer nada. Tengo sed. Podrían alcanzarme ahora, como si estar aquí sentado se castigara con la pena de muerte. Sin embargo, aunque no hubiera nunca guerras, todo el mundo acaba muriendo. ¿Qué diferencia supone la guerra? Basta con imaginarse a alguien que no tenga memoria, que no pueda pensar en otra cosa más que en lo que ve, oye y siente..., para él la guerra no existe. Ve esta colina, el cielo, siente cómo se encogen las membranas secas de su garganta, oye las explosiones de..., necesitaría tener una memoria para saber de qué. Oye explosiones, ve personas esparcidas por el suelo, hace calor, el sol brilla, tres aviones se ejercitan dibujando mensajes publicitarios. No pasa nada. La guerra no existe.

Me acordé de un español que aquella mañana me había pedido una cerilla y que sabía unas palabras de francés. En

la tropa, formada por partisanos búlgaros, checos, húngaros y rumanos, no había nadie a quien yo entendiera.

Cuánto hace ya que salí de Holanda, pensé, todo este tiempo he estado en países extranjeros; de noche, siempre he encontrado la misma oscuridad en las ciudades, hasta que al final me he quedado sin nadie con quien hablar. En Alemania, al menos podía escuchar las conversaciones de otras personas. En cambio, ahora, lo único que oigo son sonidos. Rumor de motores, detonaciones, zumbido de proyectiles, aullidos de animales, crujidos, chasquidos, traqueos y ladridos. Incluso los humanos no emiten más que ruidos. ¡Proletarios de todos los países, uníos! Pero son incapaces de intercambiar una sola palabra.

A veces, yo ni siquiera comprendía las órdenes. Aunque eso les traía sin cuidado a los oficiales. Tres días antes, nuestro pelotón había sufrido el ataque de fuego amigo. Después se presentó una unidad especial del ejército ruso que seleccionó a cinco hombres y los fusiló detrás del cobertizo donde nos habíamos guarecido. Uno de ellos intentó huir. Al día siguiente yacía boca arriba en medio del camino. Nadie se atrevió a apartarlo cuando emprendimos la marcha. Le pasamos por encima, hundiendo los pies en su cuerpo para no perder el paso. Yo era de los últimos de la fila. Cuando llegué a la altura del muerto, tenía ya la cara aplastada y había quedado irreconocible. No logré averiguar quién era. Y, aunque debí de verlo a diario durante tres meses, no habría sabido decir cómo se llamaba.

Mientras uno de los cazas empezaba a perder altitud, pensé en el español que hablaba francés. Me hubiera gustado poder conversar con él.

El avión se convirtió en un cometa de hollín, e impactó

contra el suelo en algún punto detrás de mí. La explosión que se oyó fue como el ruido que haría el mundo al tragar, amplificado un millón de veces. Era un sonido que denotaba satisfacción, como si el planeta hubiera acechado al avión al igual que una rana que está pendiente de una mosca. Entonces, una nube de humo negro comenzó lentamente a cubrir el camino. De pronto, a través del humo, vi al español que venía hacia mí con la cabeza descubierta. Como si el avión abatido lo hubiese llevado hasta aquí, como si emergiera sano y salvo de entre los restos del aparato.

Hubiese querido gritarle algo; hubiese querido decirle: ¡Justo ahora estaba pensando en ti! Pero en aquel momento no encontré palabras para formular la frase. Tal vez había olvidado por completo cómo hablar.

Por ello, ni siquiera me tomé la molestia de levantar el brazo para saludarlo. Sin embargo, él me había reconocido. Se acercó a mí y se puso en cuclillas. Se cubrió una rodilla con el casco que hasta entonces había sostenido en la mano, como si se tratara de un cubo.

—¿De dónde? —me preguntó.

—¡De Holanda! ¡Cuatro años fuera ya! ¡Noviembre de 1940!

—¡Ah! ¡No es nada! ¡Yo ocho años! —Mató un tábano estampándose en la mejilla—. ¡Ocho años! —repitió alzando ocho dedos.

Los disparos habían cesado por completo. Lo único que se oía era el crepitar del avión que ardía a nuestras espaldas.

—Yo espía —le dije—, un poco...

Con las manos le indiqué lo poquito que había espiado,